

# N

## SEMÁNTICA HISTÓRICA

Cada palabra tiene su propia historia. Si decimos que el francés “table” y el catalán “taula” son voces que derivan del latín “tabula”, estamos señalando con ello su antecedente inmediato. Ahora bien, en español “tabula” ha dado “tabla”. Evidentemente, ya no se puede decir que las tablas de madera sean hoy el elemento necesario e imprescindible para construir las mesas. Y las modernas “tabletas” digitales tienen con las tablas la semejanza de la forma rectangular de los “tablones” de anuncios. Vemos con estos ejemplos que, junto al sentido latino conservado en español, las otras dos lenguas romances -catalán y francés- han modificado el significado de “tabula” mediante la contigüidad de la materia con la cosa fabricada por ella y, en el caso restante, el uso y la forma geométrica son responsables del nuevo sentido. De la misma manera, cuando se dice de alguien que tiene “muchas tablas”, no pensamos nunca en un carpintero sino en una persona con una gran experiencia teatral en un escenario público. En suma, las palabras no permanecen nunca fijas eternamente sino que, o bien desaparecen - claro es, dejando siempre un rastro más o menos oculto- o van sumando nuevas acepciones igual que un río principal aumenta su caudal recibiendo agua de los afluentes de su cuenca. El “plumier” guardó la “pluma” estilográfica cuando ya no se empleaban las “plumas” de ave y en nuestros días dichas voces arcaicas no dicen ya nada a los escolares.

Podemos decir que una palabra A deriva de otra A<sub>1</sub>, que a su vez nos viene de otra A<sub>2</sub>, y así sucesivamente hasta llegar a su origen primero esclarecido, A<sub>n</sub>, la fuente de donde nace el vocablo. Esquemáticamente:

A<sub>1</sub>.....A<sub>2</sub>.....A<sub>3</sub>.....A<sub>n</sub>

Si ahora consideramos otra palabra B tendríamos otra serie:

B1.....B2.....B3.....Bn

En el conjunto del léxico de una lengua podemos imaginar dos casos teóricos: uno, que la serie A1... An discorra paralelamente a la serie B1.....Bn. O dicho de otro modo: que entre A y B no exista ningún punto de contacto. Ahora bien, una lengua que estuviese constituida de ese modo por series paralelas de nombres no puede existir. Ello es imposible. En la lengua no solamente existen oposiciones sino también unidad y cohesión entre todos sus elementos. Cada palabra ejerce siempre una atracción sobre otra vecina, y esta atracción puede deberse ya sea a motivos fonéticos, metafóricos o analógicos. Cuando un niño dice “morido”, en lugar de la forma irregular “muerto”, está sencillamente manifestando la gravitación de los participios regulares como “bebido”, “partido”, etc. El vocablo “grillete”, las cadenas del reo, nos recuerda al “grillo” y al sonido “cri-cri” que emite dicho insecto y que le da su nombre. Pero esa voz onomatopéyica tiene como base la raíz /kr-/ que hallamos igualmente en el verbo “croar”. Aquí vemos que /kr-/ se bifurca y toda bifurcación entraña que las palabras se entrelacen y, en lugar de ser paralelas, se corten formando un entramado denso y enmarañado.

Afirmar que la palabra “gato” no tiene ninguna relación con el nombre “piedra” significa únicamente que la distancia entre ambas voces es mucho mayor que la relación directa entre “grillo” y “grillete”. Conocida es la afirmación de que todos los hombres estamos en contacto mediante seis saltos de conocidos mutuos. En el caso de “gato” y “piedra” se podría afirmar que, en lugar de seis o siete, se deben dar setenta o setecientas veces siete. Que la lengua en su larguísima evolución histórica de siglos haya formado una intrincada madeja, un dédalo prácticamente irresoluble, no debe ocultar el hecho señalado antes de que todas las voces son solidarias entre ellas.

Si perseguimos la etimología última de un nombre nos encontramos asimismo con dos posibilidades: una, alcanzar una relación “natural” entre el significante y el significado; otra, que no la encontremos y

entonces señalemos que el signo es arbitrario o, mejor dicho, inmotivado. Ésta es la esencia de la célebre discusión platónica en el *Cratilo* sobre el origen del lenguaje. Ciertamente, no hay mayor razón para nombrar a una casa con el nombre francés de “maison” o del inglés “house”. La existencia de los préstamos lingüísticos apoya el carácter convencional de la mayoría de las voces de una lengua. Decir que “cuco” es el nombre de un animal que canta “cu-cú” es poner en evidencia el lazo natural que hay entre el nombre del pájaro y su canto. Pero cuando se dice que “fuego” viene del latín “focus” y que “focus” tiene un origen incierto, no hacemos sino dar muestras de nuestro fracaso para encontrar su verdadera etimología. Aquí no se ha transformado el sentido – el español “fuego” continúa el latín “focus”- sino solamente la materia sonora. Sin embargo, ¿desconocer el sentido original de una palabra – muchas veces sepultado por el paso de milenios de años - quiere decir que este sentido no exista? Los hablantes de una lengua reciben ésta ya hecha, aunque esto no quiere decir que la transmitan exactamente igual a como ellos la han recibido de sus antepasados. Podríamos hacer un paralelismo con la lírica popular. Afirmar que es el pueblo el autor de los versos indica solamente que los adopta, transmite oralmente y transforma, y de ahí todas sus variantes. Sería absurdo pensar que los versos de la lírica popular han surgido solos como si fuesen hongos en el bosque.

Consideremos la palabra anterior “focus”. En las fases iniciales de la lengua indoeuropea algunos hombres crearon una designación para llamar al fuego. Como estos hombres suponemos que debían tener algún poder sobre la comunidad – el creador es siempre un aristócrata y más aún cuando el chamán posee el don de hacer conjuros verbales – el término se generalizó hasta convertirse en la palabra usada para referirse a las llamas de una hoguera. Sería absurdo pensar que los miembros de un clan se reúnen en torno de una hoguera para votar democráticamente que, desde entonces y en adelante, “eso” se llamará “focus”. Así como no ha existido nunca en la historia el pacto social de Rousseau, tampoco ha existido jamás un pacto lingüístico, sino la extensión de un lenguaje creado y promovido por unos cuantos hombres excepcionales y aceptado pasivamente por todos los demás miembros de la comunidad. La etimología de las lenguas de cultura, relativamente recientes, se apoya

necesariamente en los documentos escritos donde aparecen las voces en cuestión y los cuales permiten trazar, a veces de una manera imprecisa, la historia de las palabras. Pero antes de que estos vocablos adquieran su derecho a existir han sido usados largos siglos en el habla. La escritura es de ayer mismo, el lenguaje hunde sus raíces en siglos oscuros. En ausencia de documentos, ¿qué explicación podemos dar sobre el origen de la palabra “focus”? En primer lugar, observemos que una llama no puede apagarse ni avivarse gritando “baaa” o “maaa”. La razón es clara: el aire exhalado, siendo la vocal /a/ abierta, se pierde al extenderse sin concentrarse en la llama. Otra cosa sucede con las raíces /fo-/ o /fu-/. La /f/ es una labiodental, fricativa, y por ello estrecha el canal de salida del aire que no queda interrumpido. Las vocales velares /o/ y /u/, alzando la parte posterior de la lengua, estrechan todavía más la salida del aire. A todo esto se añade que tales vocales posteriores son redondeadas y ese abocinamiento (como un beso de piquito) crea un tubo similar al soplete (pensemos en el silbido). En suma, la raíz /fw-/ es adecuada para concentrar el aire expirado por la boca en el “foco” de la llama. Que se pueda señalar como una mera hipótesis el origen onomatopéyico de la palabra “focus” está reforzado por el hecho de que en chino, que no pertenece a la familia indoeuropea, el fuego se dice “huo”, con un diptongo formado con vocales velares. Si dos lenguas sin parentesco coinciden en este caso – descartado el préstamo- debemos concluir que ambas beben en la misma fuente de la naturaleza, así como las pirámides de Egipto y de Centroamérica – sin relación genética- no tienen mayor semejanza que la capacidad intelectual humana para imaginar una misma forma geométrica.

Hemos señalado la escasa importancia de los documentos escritos para desentrañar el punto de origen de voces muy alejadas en el tiempo. Las palabras vuelan, y los textos escritos muchas veces no llegan a detener su vuelo. El nombre de persona “Enneco” (Íñigo) se encuentra por primera vez documentado en un texto medieval del siglo IX. Pero unas excavaciones arqueológicas modernas han descubierto una inscripción del año 90 antes de Cristo en la que figura el nombre de un habitante de Pamplona llamado “Enneces”. Así pues, el nombre Íñiguez ha estado vivo en el habla y oculto en literatura por un espacio de diez siglos. No hace falta señalar si retrocedemos muchos siglos antes. Más seguro que el

recurso a documentos, relativamente recientes incluso en periodos históricos, el lingüista puede hacer uso de las llamadas leyes fonéticas (o mejor tendencias) descubiertas y defendidas por los neogramáticos. Estas leyes (o tendencias) son el “control de calidad” de cualquier investigación



etimológica. O para decirlo de otra manera: marcan el contorno de posibilidad dentro del cual pueden verificarse las transformaciones de las palabras. Una evolución que requiera la conversión de un fonema /p/ en otro /s/ sería, para no decir imposible, altamente improbable. Por el contrario, estaría conforme con la fonética histórica un cambio de /p/ a /b/ ya que entre ambos fonemas el único rasgo pertinente que los diferencia es la sonoridad de la /b/ frente a la condición sorda de /p/. De ese modo la evolución de “lupus” en “lobo” cumpliría con las reglas señaladas por la escuela neogramática. Y de esa palabra “lupus”, convertida en “lobo”, deriva “lupanar” o “prostíbulo” al calificar a las meretrices como “lobas” (pensemos en el término “zorra”). Aquí advertimos que el estudio de los sonidos no basta por sí mismo para explicar la etimología de una palabra y que frente a una fonética histórica, dedicada a la parte material de los

vocablos, debe crearse una semántica histórica como su complemento. Esta semántica histórica se inscribe a su vez en una historia del pensamiento y la mentalidad de los pueblos y, por tanto, en una historia de la cultura. Pongamos algunos ejemplos:

El hombre prehistórico, ignorante de la causa de los fenómenos atmosféricos, tuvo que sentir pavor ante las téticas tormentas eléctricas. El verbo “tronar” (trueno, lat. tonitrus) con su raíz vibrante /tr-/, es una palabra onomatopéyica que refleja el ruido del trueno (pensemos en “tromba”, “trompeta”). Y ese hombre de las cavernas, temeroso del cielo, diviniza la naturaleza, un poder misterioso que ejerce una influencia secreta sobre su existencia. El mito de Júpiter “tronante” arrojando los rayos que forja Vulcano es el producto de esa mentalidad primitiva. De este modo podemos ver cómo un sonido onomatopéyico /tr-/, reflejando un sonido de la naturaleza, se convierte en la expresión religiosa del hombre primitivo. Sigamos ahora en el cielo. Veamos la siguiente imagen:

¿Qué vemos aquí? ¿Un rayo o relámpago? ¿Un río con sus afluentes o bien su delta? La imagen es ambigua. Podría representar una cosa o la otra. Evidentemente, el hombre prehistórico observó los rayos y los relámpagos antes de que pudiese trazar el curso de los ríos. Pero los clanes nómadas, siguiendo la trayectoria de la corriente para disponer de agua y abreviar el ganado, aprenden a orientarse y advierten las diferentes “ramas” o afluentes según las orillas. Cierta faraón, habituado al río Nilo, en el curso de una expedición militar que le llevó hasta el Éufrates, afirma haber visto un río que corre en dirección contraria; es decir, de norte a sur, en vez de sur a norte, como hace el Nilo. La cartografía es, claro está, un conocimiento posterior a la visión de las tormentas eléctricas. Pero vamos ahora al dominio del lenguaje. En latín “rayo” se dice “fulmen” (de donde “fulminar”) y el nombre en latín para “río” es “flumen”. La casi homonimia entre “fulmen” y “flumen” (en realidad una metátesis) no es en absoluto

por sí misma significativa. Muchas palabras parecen hermanas y no son ni primas hermanas. La evolución de la lengua puede llevar a dos nombres distintos a coincidir en una misma forma. Sin embargo, aquí tenemos una doble coincidencia, y esta doble coincidencia reduce las posibilidades de que el fenómeno sea una pura casualidad. Estamos ante una metáfora visual y auditiva: “el rayo (fulmen) es un río (flumen) celeste”.

Otro caso nos muestra de qué modo la relación entre la cosa y la palabra desvela la cultura material. Preguntémosnos qué clase de objeto es una cuchara. La respuesta será: un material cóncavo que permite llevar a la boca los líquidos. Y bien, entre los varios utensilios capaces de cumplir esa función, uno de ellos es cualquier molusco, un mejillón, todo lo que lleva una concha. En latín vulgar “cochia” (desautorizado por el App. Probi) tiene el sentido de caracol, o aquello que se le parezca. Pero señalemos que “cochia”, como “cascar”, “coscorrón” o “coco”, es una onomatopeya del ruido cuando se rompe la concha con una piedra. En suma, una voz natural sirve para nombrar un animal marino y éste animal es utilizado como cuchara revelando así un modo de alimentación de los pueblos pescadores. Como el nombre “cuchara” procede de “cochia” debemos de concluir que se ha extendido desde las costas hasta el interior siguiendo un movimiento migratorio. No es inútil señalar que en la lengua malaya “sudu siput” significa “cuchara de caracol”. Por otro lado, la onomatopeya /kl-/ presente en el latín vulgar “cochia”, sigue estando aún activa en nuestros días en sonidos como dar un “click” al ratón del ordenador o en la expresión inglesa “o’clock”, con la cual se indica la hora en un reloj y cuyo origen está en el tañido de las campanas.

Acabamos de mencionar el “click” del *mouse* o ratón del ordenador. La forma del animal se ve reforzada por la cola del cable alámbrico. Como en el caso del “rayo” tenemos aquí una traslación de sentido debida a una semejanza física, una metáfora visual. Pensemos ahora que el nombre latino de “ratón”, esto es, “mur” se deba a que el “mur”, ladrón de quesos y roedor de cables, agujerea los “muros”. Esta derivación de “mur” a “muro” es claramente falsa. Sin embargo, caeríamos en un error si, con cierto aire compasivo de científico, desdeñásemos la etimología popular. Un error arraigado se consolida y forma ya parte de la lengua. Esto sucede con la

palabra “altozano”. Este vocablo es compuesto del latín “ante” y “ostium”. O sea: la plazuela que está “ante” la puerta (ostium) de un edificio, especialmente una iglesia. Ahora bien, como las iglesias suelen estar construidas en lo alto, esta idea de altura modificó la idea de estar delante, sobre todo cuando la palabra medieval “uço” quedó arcaica y ya no se entendía como puerta. Desde un punto de vista exclusivamente fonético la transformación de /n/ en /l/ es casi impensable, pero ésta se explica por una mala interpretación del pueblo llano que hablaba ya en romance sin recuerdo del latín. Algo semejante se puede decir de cierta comarca oscense conocida como los llanos de “la violada”. Este nombre, “violada”, no alude a la violencia sexual ejercida sobre una mujer sino que procede de la expresión “via lata”, camino ancho. Pero si el término “violada” da pie a leyendas populares, creando asociaciones nuevas añadidas al léxico, el lingüista y el historiador de la literatura deben tener en cuenta que el topónimo equivocado de antaño puede ser la norma hogaño. Nadie se extraña de que España se escriba sin h aunque su origen sea la Hispania romana.

En algunas equivocaciones el error no está en el falso origen de la palabra, sugerido por alguna razón más o menos fortuita, sino en el desconocimiento del origen mismo de la palabra. Y esta ignorancia ocasiona una forma distinta de la verdadera. Cuando el valenciano dice “curasan” no entiende plenamente lo que dice. En castellano se conserva la denominación francesa, “cruasán”, escrita y pronunciada a la francesa “croissant”. Un paso adelante damos cuando se conoce que “croissant” significa “creciente”, como la forma de dicha repostería. Pero todavía aquí el verdadero sentido de la palabra no queda revelado. Hace falta un dato histórico que explica el nacimiento del vocablo en una determinada circunstancia. La media luna “creciente” (croissant) es, como la cruz para el cristiano, el símbolo de la religión musulmana. Cuando los vieneses en el siglo XVII vencen a los turcos otomanos, los pasteleros crean como celebración de la victoria esta clase de panecillo, hecho popular más tarde por la gastronomía francesa.

Como ya hemos dicho, la reconstrucción de los cambios fonéticos que sufre una palabra no nos da su historia. El lenguaje precisa un material sonoro, pero éste es solamente un soplo de voz sin ser el portador de un



contenido semántico. La etimología consiste en tener siempre presente, sobrepuestas, esa doble serie, la cadena de significantes y la cadena de significados. Veamos otra vez el caso de la palabra “fuego”. La afirmación de que existe una hipotética raíz indoeuropea \*fw- que ilumina el origen de la voz latina “focus” es tan clara, o tan oscura, como decir que el nombre del “sapo” deriva del ruido “zap” que hace el batracio cuando salta. Aún más: se considera que “perro” es una onomatopeya prerromana en Hispania, pues no tenemos un derivado romance de “canis” (salvo el cultismo “can”) como el francés tiene “chien” y el italiano “cane”. El sonido /pr/ de “perro” sería la voz de los pastores cuando reúnen el rebaño con la ayuda del animal. Como apoyo se podría argumentar que “perro” es semejante a “berrear”, conservando la vibrante interna y sonorizando la consonante. Sea lo que fuere, estas afirmaciones exigen previamente un acto de fe. Ciertamente, las onomatopeyas no requieren la confirmación de un texto escrito, pero sí el testimonio corroborado de los oídos. Ahora bien, la percepción del sentido auditivo no depende sólo de la cualidad acústica del sonido – su lado físico, objetivo – sino también de la estructura fonológica de la lengua, esto es, su lado psicolingüístico. O dicho de otro modo: el oyente escucha y reproduce aquello que puede también verbalizar como hablante. Un alemán y un español no oyen “lo mismo” en el ladrido de un perro, pues mientras nosotros decimos “guau”, los germanos dicen “bau”. Y, si comparamos nuestro “guau” con el hindí, veremos que en esta lengua se dice “woof”. Claro está que, en la medida en que las lenguas son más cercanas, las onomatopeyas son más semejantes y esta similitud favorece los préstamos. El nombre del gallo en francés, “coq”, es claramente la imitación del sonido que produce (para nosotros “kikiriki”, no “cocoricó”) y de “coq” derivan las palabras “coqueto” y “coqueta”, hacer el gallito o la gallinita.

Hemos visto que “perro” como onomatopeya podía sostenerse con “berrear”; el nombre de “sapo” se ha pretendido defender acudiendo al posible origen onomatopéyico de “zapato” o “sapato”, debido al ruido de “chapotear”. ¿Y la raíz \*fw- de “focus”?

Consideremos el campo semántico asociado al verbo latino “fugire” (huir):

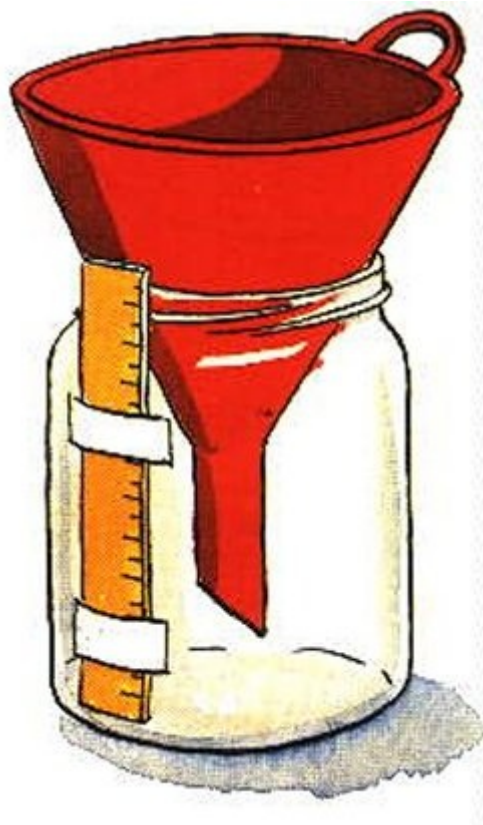
## “fuga”....”fugaz”.....”fugitivo”.....”refugio”

Quien rehuye un peligro se esconde, busca un “re-fugio”. Y la “fuga” del “fugitivo” no puede ser parsimoniosa sino “fugaz”, apresurada. ¿Y de qué amenaza puede huir (fugire) alguien perseguido? Pensemos en los cazadores que incendian las madrigueras o escondrijos de las alimañas para obligarlas a salir; o en los soldados que siguen a un enemigo oculto entre matorrales. Aquí se observa claramente la situación, el contexto vital que hace posible a una hipotética raíz \*fw- extender su sentido y de su acepción primaria de “fuego” producir vocablos como “fuga”, “fugaz”, “fugitivo”, “refugio”.

En el lenguaje dos puntos de coincidencia, sobre todo si pertenecen a órdenes distintos, no bastan para trazar con certeza una línea recta, pero tal casualidad merece ser investigada hasta llegar a un callejón sin salida. Ya lo hemos señalado antes en el caso de “fulmen” y “flumen”, ahora en “fuego” y “fugire” y veamos qué ocurre también con la palabra “cuerno”. Esta voz deriva del latín “cornu” y podemos emparentarla con la palabra “córnea” debido a que ambas encierran el sentido de “dureza”. En los becerros, como incipientes panochas de maíz, brotan dos pequeños “cuernecillos”. Ahora bien, si nos planteamos qué se entiende por “carne” advertiremos que nunca llamamos así al pescado, y entre la “carne” de pollo y la “carne” de res, no hay duda de que preferimos reservar el nombre de “carne” para el vacuno antes que para el volátil. Tal vez sea una coincidencia que los animales con “cuernos”, como el toro y la vaca, tengan “carne”. Pero aquí se plantea una objeción importante: el “cuerno” es duro y la “carne” es músculo. ¿Hay una traslación de sentido en la raíz /k´rn/? Más verosímil es aproximar “cornu” al alemán “kern”, cuyo significado es “núcleo”, “hueso”. Y en el inglés “pop corn”, palomitas de maíz, es evidente que “pop” hace alusión al ruido del maíz cuando estalla y “corn” se refiere al grano de maíz, duro, como esas diminutas mazorcas que hemos dicho anteriormente que asoman en la cabeza del ternero. En suma, “cornu” (cuerno), “kern” (hueso) y “corn” (grano de maíz) son tres variantes que surgen de una misma raíz /k´rn/ con el sentido de “dureza”. Y que esta raíz tiene un carácter onomatopéyico, como el crujir de un

hueso, se hace evidente no sólo en la expresión “pop corn” sino en otros vocablos como “crocante”.

En otras ocasiones, la etimología de algunas palabras puede hallarse mediante la confrontación de ambas. Podemos analizar la oposición existente entre “singular” o individual, de una parte, y “plural” o colectivo, de la otra.



En la imagen se puede ver un “pluviómetro” para medir la cantidad de la “pluvia” (observemos que “lluvia” deriva como “plorare”, llorar, de una raíz /pl-/ con apariencia onomatopéyica si recordamos el ruido de un

grifo goteando). Si el extremo inferior, el cuello debajo del cono, tiene una abertura estrecha que deja pasar el agua a “goteo”, tenemos una “clepsidra”, la cual mide el tiempo marcado por la regleta que señala la cantidad o volumen de agua en el recipiente.

Y bien: la palabra “sollozo” es resultado del cruce de “singultus” y “subgluttium”. En la primera, el “sollozo” añade la connotación de “hipo”, “voz entrecortada” propia de quien llora. En cuanto a “subgluttium” el vocablo está compuesto de “sub” (bajo) y “gluttium” (glotis). El sentido es “tragar con dificultad”, cosa propia del “sollozo”. Pensemos que también los sumideros o desagües embozados “tragan” el agua con dificultad. Tenemos así que “singultus” (o subgluttium) es “sollozo” y quien “solloza” no vierte las lágrimas como hace una fuente que emana el agua de un modo continuo, sino que lo hace de una forma discontinua, lágrima a lágrima, como las gotas “singulares” que solloza el ojo de la clepsidra. Y, cuando el recipiente está “pleno”, no cabe ya más. La voz “pleno” se asocia con “plus” y derivan de una raíz indoeuropea \*pel-, \*ple- con el significado de “llenar”. Aquí podemos ver cómo el origen de “singular” y “plural” se aclaran mutuamente si las palabras tienden más hacia las cosas que designan en lugar de hacer prevalecer, de una manera absoluta, los sonidos con los cuales son designadas. No debemos olvidar que la “clepsidra”, usada como reloj de agua, medía el tiempo de intervención en los tribunales y que la oratoria es un género que está asociado a la gramática y ésta gramática es un instrumento en el arte de bien decir.

\*\*\*

En conclusión, teniendo en cuenta que algunos ejemplos señalados están sujetos a discusión y otros son comúnmente aceptados, podemos establecer los siguientes principios o reglas para dirigir la investigación etimológica:

a) la palabra, y no los sonidos de ésta, es lo que importa en la etimología. Ésta consiste en la trayectoria cruzada de las distintas

significaciones seguidas desde su origen hasta el presente, o, mejor, en un sentido inverso, desde el presente en la búsqueda de su origen. En ese discurrir los vocablos cambian su sentido por la atracción de otras voces cercanas.

b) las leyes fonéticas sirven para prevenir errores, desechar las falsas teorías, comprobar, orientar y reforzar las soluciones posibles, todo ello dentro del marco de las hipótesis aceptables. Sin embargo, la fonética histórica, interna al lenguaje, debe estar complementada por un saber extralingüístico de naturaleza histórica que coloque a las palabras dentro de su circunstancia vital.

c) Cuando los documentos escritos más antiguos no aclaren el significado, se debe acudir a buscar la hipotética relación “natural” del lenguaje con la cosa mencionada y, especialmente, cuando de esta misma relación “natural”, muchas veces intuitiva o imaginaria, se pueden deducir razonablemente más voces tomadas como “arbitrarias” o “convencionales”.

d) La raíz es el núcleo semántico en el que se concentra la mayor parte del sentido de una palabra. Las consonantes de la raíz son su parte más resistente. De éstas hemos de partir mediante un método comparativo que, poniendo en relación el significado de varias voces, obtenga sus puntos de contacto y una evolución coherente a través de las distintas fases de las palabras.

Pablo Galindo Arlés  
7 de junio de 2017